

29 de agosto de 2021
22° Domingo Ordinario. Ciclo B



LECTURAS

Deuteronomio 4, 1-2. 6-8: «Moisés habló al pueblo, diciendo: - "Ahora, Israel, escucha los mandatos y decretos que yo os mando cumplir. Así viviréis y entraréis a tomar posesión de la tierra que el Señor, Dios de vuestros padres, os va a dar. No añadáis nada a lo que os mando ni suprimáis nada; así cumpliréis los preceptos del Señor, vuestro Dios, que yo os mando hoy. Ponedlos por obra, que ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos que, cuando tengan noticia de todos ellos, dirán: "Ciertamente esta gran nación es un pueblo sabio e inteligente. "Y, en efecto, ¿hay alguna nación tan grande que tenga los dioses tan cerca como lo está el Señor Dios de nosotros, siempre que lo invocamos? Y, ¿cuál es la gran nación, cuyos mandatos y decretos sean tan justos como toda esta ley que hoy os doy?"»

Salmo 14: «¿Quién será grato a tus ojos, Señor? El que procede honradamente / y practica la justicia, / el que tiene intenciones leales / y no calumnia con su lengua. El que no hace mal a su prójimo / ni difama al vecino, / el que considera despreciable al impío / y honra a los que temen al Señor. El que no presta dinero a usura / ni acepta soborno contra el inocente / El que así obra nunca fallará.»

Santiago 1, 17-18. 21b-22.27: «Mis queridos hermanos: Todo beneficio y todo don perfecto viene de arriba, del Padre de los astros, en el cual no hay fases ni períodos de sombra. Por propia iniciativa, con la palabra de la verdad, nos engendró, para que seamos como la primicia de sus criaturas. Aceptad dócilmente la palabra que ha sido plantada y es capaz de salvaros. Llevadla a la práctica y no os limitéis a escucharla, engañándoos a vosotros mismos. La religión pura e intachable a los ojos de Dios Padre es ésta: visitar huérfanos y viudas en sus tribulaciones y no mancharse las manos con este mundo.»

Marcos 7, 1-8. 14-15. 21-23: «En aquel tiempo, se acercó a Jesús un grupo de fariseos con algunos escribas de Jerusalén, y vieron que algunos discípulos comían con manos

impuras, es decir, sin lavarse las manos. (Los fariseos, como los demás judíos, no comen sin lavarse antes las manos restregando bien, aferrándose a la tradición de sus mayores, y, al volver de la plaza, no comen sin lavarse antes, y se aferran a otras muchas tradiciones, de lavar vasos, jarras y ollas.) Según eso, los fariseos y los escribas preguntaron a Jesús "¿Por qué comen tus discípulos con manos impuras y no siguen la tradición de los mayores"? Él contestó: "Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos." Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres." Entonces llamó de nuevo a la gente y les dijo: "Escuchad y entended todos: Nada que entre de fuera puede hacer al hombre impuro; lo que sale de dentro es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón del hombre, salen los malos propósitos, las fornicaciones, robos, homicidios, adulterios, codicias, injusticias, fraudes, desenfreno, envidia, difamación, orgullo, frivolidad. Todas esas maldades salen de dentro y hacen al hombre impuro".»



VICARÍA DE PASTORAL
DIMENSIÓN DE BIBLIA Y
EXTENSIÓN FORMATIVA



LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

LA PALABRA SE ESCUCHA PARA CUMPLIRLA

No todas las palabras obligan, algunas no merecen siquiera ser escuchadas, otras captan nuestra atención y las tomamos en consideración porque de alguna forma nos aportan elementos enriquecedores para la visión de conjunto que tenemos de la realidad. Otras palabras nos resultan gratas porque son halagadoras y satisfacen nuestro ego, otras más nos parecen detestables porque van en contra de lo que consideramos la verdad, nuestra verdad, desde luego. Pero solamente una palabra es absolutamente indispensable, vinculante y necesaria para el pleno desarrollo del hombre. Es una palabra que no nace del mundo, no brota de las categorías intrahistóricas –aunque se expresa lingüísticamente mediante palabras humanas- y por ello mismo no se agota, no se puede explicar del todo desde dichas categorías. Esa palabra ha sido pronunciada desde la eternidad, no se asfixia en la inmanencia, sino que hace explotar lo inmanente y lo pulsiona hacia lo trascendente, hacia lo eterno.

Evidentemente estoy hablando de la Palabra de Dios, que es Él mismo en cuanto se hace inteligible para el hombre, encarnado en lenguaje humano, entregado en la fragilidad de una cultura (la semita) y un tiempo determinado (entre el siglo XVII a.C y comienzos del s. II d.C).

La Palabra no se ha pronunciado para ser contemplada en una especie de actitud mística interiorista, sino para ser escuchada y obedecida. No hay medias tintas, ante ella no caben las tibiezas y las dilaciones –so pena de entrar de lleno en el terreno de la muerte y el fracaso existencial-. Esa Palabra es portadora de la misma vida intradivina que quiere liberar y salvar al hombre. Por ello, se codifica en forma de ley, de precepto y mandato. La mentalidad contemporánea pone barreras inmediatas cuando escucha palabras tales como "ley", "mandato", "obediencia", etc., porque se piensa en imposición arbitraria, en tiranía, en sojuzgamiento y servilismo, todo ello contrario a la dignidad y naturaleza humana. Y, desde luego, esto debe ser así. Estamos obligados a luchar y profetizar en contra de todo poder despótico.

La pregunta es: ¿habla la Escritura de este tipo de sometimiento a la Palabra? La respuesta debe ser clara y contundente: ¡de ningún modo! Dios es el único Señor que, al ordenar, libera; al mandar instruye en los caminos de libertad y previene sobre los peligros de ejercer una autonomía absoluta. En efecto, ya en la primera mañana de la creación, cuando el hombre es creado y colocado en el mítico jardín de Edén, recibe el primer mandato divino, que es formulado como una prohibición: «...del árbol de la ciencia del bien y del mal no comeréis, porque de hacerlo moriréis sin remedio.» (Gn2,17).

En realidad, lo que Dios está haciendo es otorgar a Adán (símbolo de la humanidad) el don inefable de su propio misterio creatural. El hombre es esencialmente creatura y, por lo tanto, ser dependiente, relativo, en íntima e indefectible relación de dependencia con su creador. No se trata de minusvalorar al hombre (Dios mismo ha pronunciado embelesado al contemplar su creación: ¡todo es muy bueno!) sino de mostrarle su identidad, desde la cual puede alcanzar la plenitud de su existencia. Solamente desde una perspectiva altanera y ególatra puede interpretarse el texto bíblico como una imposición tiránica por parte de Dios.

En ningún momento se dice que los frutos del árbol del conocimiento no sean para el hombre, lo que pasa es que la sabiduría es un don que la creatura debe aprender a recibir y renunciar a mirarlos como logros adquiridos desde sus fuerzas.

Desde este punto de vista puede entenderse rectamente la enseñanza del Deuteronomio. En el texto de la primera lectura, del Libro del Deuteronomio, Moisés se presenta como el portador de la legislación del mismo Señor. Por esta razón el pueblo es conminado a no agregar ni quitar absolutamente nada a los mandatos y decretos de Yahvé. Aquí conviene aclarar que Dios no está sancionando como inválida la interpretación y actualización de su Ley. De hecho, desde los tiempos más remotos, los escritos sagrados fueron interpretados y actualizados por los mismos escritores bíblicos para iluminar las problemáticas concretas de sus comunidades históricas, por lo que encontramos variaciones en textos que fueron intercalados en escritos posteriores a los originales.

Por otro lado, una interpretación literalista de este mandato mosaico acabaría tachando a las traducciones de heréticas y diabólicas, además de que ya no tendríamos acceso a la Palabra porque no existe un solo original de la Biblia. Más bien se trata de un asunto de radicalidad en la línea del espíritu de la ley: no agregar significa no hacer decir a la Palabra cosas que nada tienen que ver con la intención del autor y no quitar significa no reducir la radicalidad de la enseñanza. Lo que importa finalmente es que la Palabra debe ponerse por obra para que pueda generar libertad, plenitud, gozo, conquista del yo, testimonio capaz de atraer hacia la luz a los hombres que nos rodean.

Y es que la Palabra/Ley no consiste en una serie de preceptos legales, sino en una enseñanza vital, en una forma de vida que ha de interiorizarse para que pueda transformar la vida: formar hombres justos, honrados, con dominio de sí (refrenar lengua), de una sola pieza (de corazón puro), incapaces de difamar a su prójimo (hablar mal de alguien, aunque se tenga la razón, es difamar), desestimar las ideologías del impío, renunciar a negociar con las necesidades o carencias de los demás (no prestar con usura), rechazar toda clase de corrupción (cfr. Salmo 14).

La carta de Santiago pone el dedo en la llaga: una religiosidad que no presta oídos a la Palabra, que no la pone en práctica, es un autoengaño. Y bien sabemos que el padre de mentira es el Diablo. Lo que está diciendo el autor de la carta es tan simple como duro: los que se dicen creyentes, pero no viven la Palabra son hijos del Diablo, porque viven en la mentira. La única fe/religión que es pura e intachable a los ojos de Dios Padre es la que pasa por el encuentro con los pobres, con los excluidos, con los que peor lo pasan en la sociedad (simbolizados en el texto por las viudas y los huérfanos) y la que se vive desde las categorías de Cristo (entrega, servicio, amabilidad, mansedumbre, pobreza espiritual, corazón indiviso, etc.) y no desde las ideologías idolátricas y tiranas del mundo.

El evangelio de Marcos nos advierte sobre las consecuencias de convertir la fe en una práctica superficial de mandatos y normas que no tocan el corazón. Estamos ante la mentalidad farisaica. Pero no pensemos tan apresuradamente que Marcos se refiere a unos sinestros personajes del pasado. A poco de profundizar en el texto, descubriremos que esta mentalidad impera entre los mismos cristianos del siglo XXI. Los fariseos no eran en modo alguno malas personas, en su tiempo eran considerados como referentes positivos de la más pura fe israelita y el pueblo les admiraba y buscaba –sin conseguirlo jamás- imitarlos.

Su celo por la Ley era admirable, pero el problema –según Jesús- era que habían convertido el cumplimiento de los preceptos en un absoluto y se olvidaban de la intención originaria de la Ley que era liberar y ayudar a los sufrientes y oprimidos. A tal grado habían convertido su ideología en un ídolo que, por ejemplo, no aceptaban que se curara en sábado a una persona que sufría, simple y sencillamente porque un precepto lo impedía. El precepto tenía la intención de salvaguardar el objetivo del sábado, que era generar un espacio de encuentro entre Dios y su pueblo, y se querían evitar todas las distracciones, para que el hombre aprendiera a relativizar las ocupaciones del mundo y darle la primacía a la relación vital con Dios. Pero de ningún modo, Dios avalaba el desprecio de la vida humana para poner por encima el cumplimiento casuista de la norma, que acaba convirtiéndose en “tradición de hombres”.

Las abluciones (o lavatorios rituales) que los fariseos tanto defienden en el texto, no tienen nada que ver con cuestiones higiénicas, sino con ritos purificadores de la inmundicia espiritual. A Jesús no le preocupan en absoluto estos ritos, porque él considera que realmente lo que contamina al hombre y causa el sufrimiento y la maldad en el mundo no tiene nada que ver con ritos religiosos, sino con la ideología alienante que favorece una religiosidad ritualista y se olvida de las necesidades urgentes de los hombres (de las cuales es símbolo el hambre de los discípulos que comen el pan sin lavarse las manos).

Cuando aliviar el sufrimiento de los otros deja de ser la prioridad del creyente, entonces se suceden, como en una cascada de muerte y perversión, toda clase de desgracias: homicidios (la vida a disposición del hombre), fornicaciones (adulteración del amor y desvalorización del misterio sagrado del otro), codicia (si el otro es prescindible, entonces no hay barreras para hacerme de lo que es suyo), etc.

No cabe duda, son los valores que asumimos los que nos dividen (hacen impuro nuestro corazón) o nos purifican (nos unen con Dios y con los demás).



SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

1. Los mandatos y preceptos del Señor nos han sido dados para que, cumpliéndolos, tengamos la felicidad, plenitud y alegría que solo Dios puede darnos.
 - ¿Qué mandatos y enseñanzas de Jesús no cumples? ¿Qué estrategias puedes diseñar para empezar a cumplirlos o cumplirlos mejor?
2. El salmista nos describe las características de los que son agradables eternamente a sus ojos.
 - ¿Cuáles de esas características posees?
 - ¿Cuáles no y qué harás para desarrollarlas en tu propio contexto vital?
3. ¿Qué puedes hacer para ser más dócil a la Palabra de Dios que ha sido sembrada en tu corazón?
4. Jesús nos invita a vivir una fe menos legalista y más interesada en la transformación interior que la Palabra provoca y que se transforma en acciones de amor y misericordia para con el prójimo.
 - ¿Qué cambios ha provocado en tu interior la Palabra de Dios?
 - ¿Qué aspectos de tu interior consideras que necesitan ser transformados por la Palabra?
 - Te sugerimos que pongas esos aspectos en manos del Señor en un momento de oración durante la semana.



CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



Te invitamos a orar con este bello canto:

<https://youtu.be/f4w3PXyGjXA>



LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



Papa Francisco: *Ángelus* del 22 de agosto de 2021.

<https://bit.ly/3D74c90>



ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE CATEQUESIS PARA NIÑOS

JESÚS HABITA EN NUESTRO CORAZÓN

Jesús siempre quiere nuestro bien y felicidad, sus palabras nos enseñan la verdad, es decir, la conducta que debemos practicar con todas las personas y con Dios.

Jesús siempre está a nuestro lado, por lo que nos cuida y guía nuestra voluntad para tomar las mejores decisiones. Siempre es bueno que en nuestra oración pidamos a Jesús que nos envíe su Espíritu Santo para que nos fortalezca y permita que nuestro corazón sea un lugar limpio en el que habite Papá Dios.

Hoy en el Evangelio hemos escuchado a Jesús que nos dice que, si en nuestro corazón no hay intenciones limpias, no sirven de mucho las cosas que hagamos. Los fariseos presumían el culto y adoración que hacían a Dios, pero mucho de ello eran solo cosas externas, por eso creían que con lavarse las manos antes de comer y al llegar de la calle, la persona ya estaba pura y limpia por dentro y por fuera.

A nosotros nos han enseñado que lavarnos las manos, cepillarnos los dientes y bañarnos es necesario para la salud y para la higiene personal, pero nunca nos han dicho que nuestro corazón queda limpio por hacer eso. Para que nuestro corazón esté limpio es necesario que allí habite Jesús.

Jesús recuerda al profeta Isaías cuando habla de las palabras con que Dios se queja de su pueblo: lo honran sólo con los labios, pero su corazón está lejos de Dios y las enseñanzas de Dios las convierten en conductas humanas.

El Evangelio nos dice que Dios debe habitar primero en nuestro corazón y que las obras que hacemos deben estar movidas por este amor a Dios y para el bien de los demás.

No ama a Papá Dios quien tiene actitudes piadosas para ser visto por la gente. Ama de verdad a Papá Dios quien habla siempre la verdad, quien ayuda y sirve al prójimo, quien

ora y trabaja por conocer y seguir a Jesús, quien a pesar de las dificultades permanece fiel a Jesús.

La tarea para esta semana es: Ayudar en los quehaceres de casa y ofrecer a Papá Dios eso que hacemos. También vamos a hacer oración para que el regreso a clases sea en beneficio de todos y para aprender a ser mejores personas.

En nuestra oración vamos a pedir por la salud de las personas enfermas y vamos a agradecer a Papá Dios por el servicio de los médicos y todo el personal de salud.





ECOS DE LA PALABRA DESDE
LA DIMENSIÓN DE ADULTOS Y FAMILIA

¿SON LOS MANDAMIENTOS DE DIOS UNA IMPOSICIÓN, O SON ENSEÑANZAS PARA MI BIEN?

Esta semana las lecturas son clarísimas, nos llaman a una reflexión respecto al buen vivir, donde Dios siempre está velando por nuestro bienestar y nos deja normas claras de convivencia. Desde la primera lectura, del Libro del Deuteronomio, nos lo dice: "Así viviréis", es decir, así seremos plenos, felices. Dándole respuesta, el salmista proclama: "¿Quién será grato a tus ojos Señor?".

Analicemos como familia, como sociedad, como individuos, a quien verdaderamente ayudan estos mandatos. Imaginemos: ¿Como sería vivir en un lugar donde no se ama a Dios, donde no se respeta a los padres y mayores, donde se permite el robo, el homicidio el adulterio y la mentira?

Las enseñanzas de Dios son para que seamos felices, para que llevemos a plenitud nuestra vocación de familias, de esposos, de padres, de hijos. Estas normas no son imposiciones, son recomendaciones de un Padre amoroso que vela por el bienestar de sus hijos. Pensemos: si robo, quien va a la cárcel soy yo, no el Señor; si soy infiel, quien pierde a su familia soy yo, no el Señor.

Sea cual sea la norma que transgredamos, los que pagaremos los platos rotos seremos nosotros, no el Señor. Si hacemos nuestra esta convicción, no caeremos en la provocación de los fariseos hipócritas que solo cumplen la ley sin analizar qué vale más: comer con manos limpias o con un corazón limpio. Hagamos nuestros estos mandamientos, a sabiendas de que son por nuestro bien y el de nuestra familia y sociedad. Además, a modo de cereza en el pastel, seremos agradables a los ojos del Señor, que lo único que procura es nuestro bien.

La tarea práctica de esta semana será revisar mis actitudes con mi familia y entorno más próximo: ¿Soy genuinamente fiel, un padre o madre amoroso, desempeño mi trabajo, fuente de mi sustento, con alegría y agradecimiento? ¿Procuro a mis padres, velo por ellos, oro por ellos? ¿Qué más puedo hacer para ser agradable al Señor? ¿Fomento la fe propia y la de los míos? ¿Participo activamente en mi parroquia? ¿Soy candil de la calle y

oscuridad de mi casa, quedando bien con otros antes que con los de mi familia? ¿Oro por mi matrimonio, hijos e Iglesia? Hermanos, como podrán darse cuenta, son cosas muy fáciles y prácticas de hacer que, poco a poco, pueden ir cambiando la vida, la familia, la sociedad, el país y al mundo entero.

Los X Mandamientos

- I. Amar al Señor tu Dios por sobre todas las cosas
- II. No Jurar su Santo Nombre en Vano
- III. Santificar el Día del Señor
- IV. Honrar Padre y Madre
- V. No Matar
- VI. No Cometer Acciones Impuras
- VII. No Robar
- VIII. No Levantar Falso Testimonio ni Mentir
- IX. No Consentir Pensamientos Impuros
- X. No Codiciar los Bienes Ajenos

